

# ПОЛИТИЧЕСКИЙ ВЕКТОР-PRO

Комплексные проблемы  
современной политики

Complex problem of  
a modern policy

## POLITICAL VECTOR-PRO

научный журнал  
**1-2/2018**

ISSN 2307-1516

#### Учредители:

Федеральное государственное  
автономное образовательное учреждение  
высшего профессионального образования  
«Южно-Уральский государственный университет  
(национально-исследовательский университет)»

Челябинское региональное отделение  
Российской ассоциации политической науки

#### Редакционная коллегия журнала:

В.Е. Хвощев, к. филос. н., доцент  
(главный редактор);

В.С. Балажин, д. и. н., профессор;

М.А. Малышев, к. филос. н., доцент;

И.В. Сибиряков, д. и. н., профессор;

Н.А. Трегубок, к. пол. н., доцент;

М.А. Фадеева, д. пол. н.;

Роберто Андрес Гонсалес Инхоса, д. филос. н.;

Мария Луиза Бакарлетт, д. филос. н.

#### Адрес редакции:

454080, г. Челябинск,  
пр-т Авинна - 76, оф. 458а,  
НОЦ «Комплексные проблемы  
современной политики»

тел./факс: +7 (351) 267 94 23

email: vek@ysu.ru

Формат 70x108, 1/16

Усл. п. л. - 12,25

Тираж - 500 экз.

Периодичность - 2 раза в год

© Издательский центр ЮУрГУ, 2018

© Издательство НОЦ «КПС.П», 2018

**ПОЛИТИЧЕСКИЙ ВЕКТОР-ПРО № 1-2 2018**  
**КОМПЛЕКСНЫЕ ПРОБЛЕМЫ СОВРЕМЕННОЙ ПОЛИТИКИ**

---

**Авторы**

Хвощев В.Е.	Кучинов А.М.
Роберто Андрес Гонсалес Инохоса	Рощепий И.
Луис де Хесус Марин	Русских Л.В.
Израэль Колин Агиляр	Федотова Н.А.
Марко Урдапиллета Муњос	Батурин Л.М.
Оскар Хуарес Сарагоса	Мелихов И.В.
Хайро Владимир Сандоваль Мота	Беседин М.Д.
Эрик Ивановин Сетина Эскивель	Рогозина М.М.
Патрисия Долорес Пиньон Родригес	Саудабаев И.А.
Хосе Луис Альварес Лопестелья	Трошкин Е.И.
	Иванова Е.К.

**POLITICAL VECTOR-PRO № 1-2 2018**  
**COMPLEX PROBLEMS OF A MODERN POLICY**

---

**The authors**

Khvostchev V.E.	Kuchinov A.M.
Roberto Andrés González Hinojosa	Roshchepiy I.V.
Jesús Marín	Russkikh L.V.
Israel Colín Aguilar	Fedotova N.A.
Marco Urdapilleta Muñoz	Baturin L.M.
Oscar Juárez Zaragoza	Melikhov I.V.
Jairo Vladimir Sandoval Mota	Besedin M.D.
Erick Ivanovic Zetina Esquivel	Rogozina M.M.
Patricia Dolores Piñón Rodríguez	Saudabaev I.A.
José Luis Álvarez Lópezello	Trushkin E.I.
	Ivanova E.K.

**VECTOR POLÍTICO-PRO № 1-2 2018**  
**PROBLEMAS COMPLEJOS DE LA POLÍTICA CONTEMPORÁNEA**

---

**Los autores**

Jvoschev V.E.	Kuchinov A.M.
Roberto Andrés González Hinojosa	Roschepiy I.V.
Luis de Jesús Marín	Russkikh L.V.
Israel Colín Aguilar,	Fedotova N.A.
Marco Urdapilleta Muñoz	Baturin L.M.
Oscar Juárez Zaragoza	Melikhov I.V.
Jairo Vladimir Sandoval Mota	Besedin M.D.
Erick Ivanovic Zetina Esquivel	Rogozina M.M.
Patricia Dolores Piñón Rodríguez	Saudabaev I.A.
José Luis Álvarez Lópezello	Trushkin E.I.
	Ivanova E.K.

VECTOR POLÍTICO-PRO No 1-2 2018  
**PROBLEMAS COMPLEJOS DE LA POLÍTICA CONTEMPORÁNEA**

---

INDICE

Jvoschev V.E. Del editor .....	6
<b>Roberto Andrés González Hinojosa</b> <b>Luis de Jesús Marín</b> Miguel de Unamuno y la esperanza de eternidad .....	7
<b>Israel Colín Aguilar</b> <b>Marco Urdapilleta Muñoz</b> Los recursos silentes en la poesía de Alejandra Pizamik .....	23
<b>Oscar Juárez Zaragoza</b> <b>Jairo Vladimir Sandoval Mota</b> Ethos rebelde zapatistas .....	36
<b>Erick Ivanovic Zetina Esquivel</b> <b>Patricia Dolores Piñón Rodríguez</b> Hannah Arendt: el problema de los derechos humanos .....	51
<b>José Luis Álvarez Lópezello</b> E.M. Cioran: Reflexiones apasionadas y pasiones reflexivas .....	61
<b>Kuchinov A.M.</b> Política y empatía: mecanismos de interconexión.....	71
<b>Roscheply I.V.</b> Problemas y perspectivas Posicionamiento de la Federación Rusa en Asia Centra.....	80
<b>Russkikh L.V.</b> <b>Fedotova N.A.</b> Radicalismo: concepto, tipos y funciones.....	88
<b>Baturin L.M.</b> <b>Melikhov I.V.</b> Rusia en el contexto de la globalización.....	95
<b>Besedin M.D.</b> <b>Rogozina M.M.</b> Régimen político en Rusia El comienzo del siglo XXI.....	106
<b>Russkikh L.V.</b> <b>Saudabaev I.A.</b> Cultura política: concepto y tipos.....	117
<b>Troshkin E.I.</b> <b>Ivanova E.K.</b> Socialización dentro de Enfoque sujeto-sujeto: conceptos básicos.....	126
<b>Requisitos para publicaciones</b> .....	136

Roberto Andrés González Hinojosa  
Luis de Jesús Marín

## Miguel de Unamuno y la esperanza de eternidad

Las consideraciones que Miguel de Unamuno realiza, para tomar el problema del destino personal de cada hombre concreto, lo llevan a formular en su obra *Del sentimiento trágico de la vida*, el problema de la filosofía, más aun, como el único por el que vale la pena vivir, aun con su desenlace trágico. Es justamente de ahí que ponemos a la esperanza como el afianzamiento, el asidero de la conciencia. Y esta esperanza emana justamente de la desesperanza por topar con la mortalidad.

**Palabras-clave:** hombre, destino, razón, fe, existencia, esperanza

Roberto Andrés González Hinojosa es Doctor en Filosofía, Profesor-Investigador de la Universidad Autónoma del Estado de México.

Luis de Jesús Marín es Estudiante de Posgrado de la Facultad de Humanidades de la Universidad Autónoma del Estado de México.

Los griegos, y en particular Hesíodo, hacen de la esperanza un azote para la humanidad. En el mito de la creación de la primera mujer entregada a Epimeteo no se advierten aun los males que sobrevendrán posteriormente a los hombres: «En efecto, antes vivían sobre la tierra las tribus de hombres libres de males y exentas de la dura fatiga y las penosas enfermedades que acarrearán la muerte a los hombres [...]. Pero aquella mujer, al quitar con sus manos la enorme tapa de una jarra los dejó diseminarse y procuró a los hombres lamentables inquietudes. Sólo permaneció allí dentro la Espera, aprisionada entre infrangibles muros bajo los bordes de la jarra»... (Hesíodo, 2006: 67).

El hermano de Prometeo no dimensiona la advertencia de éste, se da cuenta ya de una manera tardía del error cometido en perjuicio de los hombres, al quedar atrapada dentro de la vasija, al quedar contenida y estar integrada con todos los males, hace resaltar, que la esperanza como un "bien" del cual los hombres serían privados, se pone en duda, al cuestionar por qué un bien, estaría mezclado con los males, y surge una propuesta de la esperanza no como sentido moral de "esperar", sino como la "espera" al quedar encerrada, quiere significar: que los hombres recibirán los males de una manera inadvertida, es decir, sin advertirlos, "sin esperarlos". Así lo no esperado; lo que no advierte su llegada, es entendida como la esperanza, pues solo de este

modo se entiende que sea un mal, es decir: que como los males, la vida misma se hacen presentes de una manera, inadvertida, y se encuentran latentes en la vida del hombre. Así la esperanza es terrible por causar lamentables inquietudes y causa pesar en el ánimo de los hombres. Ya sea como privación de un bien o algo que se le niega al hombre. El mero carácter privativo, ya hacen sospechar lo terrible que resulte el encuentro con ella.

Resulte una privación de la esperanza, como bien o un mal en la vida del hombre, resulta para Miguel de Unamuno el abrigo ante el tremendo hado del ser humano. Se encuentra en la esperanza, ante la verdadera desesperación, por hallar algo, que sobreviva, de éste yo, de un espíritu y de un cuerpo que se reconoce existente por la conciencia. El fin de su vida, en inadvertido, destino de su mortalidad. Y como tal resulta una constante del sentimiento trágico en los hombres respecto a la perduración de ese algo. A esto se aferra a la espera de que sea lo mejor el ser, el cobijo después de la muerte y no la nada; aunque reconoce que es posible y en ello ésta la confirmación escéptica de la razón.

Una de las consideraciones fundamentales, para un hombre de corazón anhelante, en el deseo de ser y un tremendo espíritu que caracteriza su lucha, incansable y que llevará hasta sus últimas consecuencias con la razón. Es Miguel de Unamuno,

**VECTOR POLÍTICO-PRO N.º 1-2 2018**  
**PROBLEMAS COMPLEJOS DE LA POLÍTICA CONTEMPORÁNEA**

---

quien reitera su sentir y reflexiona sobre el sentimiento trágico de la vida en el hombre en el mundo, y no sólo en él sino desde la vida y la existencia. Del verdadero hombre que vive en el mundo, quiere, oye, ve, ama, y siente su destino, por medio del sentimiento trágico de la vida de la siguiente manera:

Hay algo que, a falta de nombre, llamaremos el sentimiento trágico de la vida, que lleva tras sí toda una concepción de la vida misma y del universo, toda una filosofía más o menos consciente. Y ese sentimiento pueden tenerlo, y lo tienen, no sólo hombres individuales, sino pueblos enteros. Y ese sentimiento, más que brotar de ideas, las determina aun cuando luego, claro está, estas ideas reaccionen sobre él corroborándolo. Unas veces puede provenir de una enfermedad adventicia, de una dispepsia, verbigracia; pero otras veces es constitucional (Unamuno, 2005: 116).

Del sentimiento trágico de la vida resalta el pensamiento que engendre una acción, un sentido y resultado de ello es que del sentimiento trágico es la fuente, lleva la concepción misma de la vida y del universo y aun cuando las ideas se le revelan es para corroborarlo, es decir: afirma del sentimiento trágico de la vida en los hombres.

Hermano de espíritu con *Kierkegaard*, *Pascal*, entre otros más, Miguel de Unamuno reconoce la preocupación vital, del destino del hombre de carne

y hueso, de cada "uno de nosotros", del destino personal e individual. Reconoce que para éste problema, no basta tomar una actitud frente a su destino individual. Y en estos hombres reconoce la carga de sabiduría por encargarse, preocuparse y emprender sus inquietudes orientando su vida en el problema de la inmortalidad y la eternidad del alma, haciendo el único problema de la Filosofía. Reiterando de manera aguda el sufrimiento, la pugna y la espera, convencido de que algo sobreviva a la muerte, al destino. "El que sufre vive, y el que vive sufriendo ama y espera, aunque a la puerta de su mansión pongan el «¡Dejad toda esperanza!», y es mejor vivir en dolor que no dejar de ser en paz" (Unamuno, 2005: 151, 152), en la pugna trágica entre la contraposición de la razón y la fe, que como contrarias se asocian y pugnan por un riesgo de ganar o perder la conciencia y el cuerpo, es decir la existencia.

Para Unamuno: "Trágico es el problema y de siempre, y cuanto más queramos de él huir, más vamos a dar en él" (Unamuno, 2005: 153). Afronta el riesgo, decide hacerle frente de que no sea vano el esfuerzo; lo encara pues en ello está y va la existencia, el riesgo es hermoso, y con ello gemina la apuesta por el todo, por el ser. Y así expresa el anhelo y la vida con ello: "No quiero morirme, no; no quiero, ni quiero quererlo; quiero vivir siempre, siempre, y vivir yo, este pobre yo que me soy y me siento ser ahora y aquí" (Unamuno,

2005: 153]. La tragedia del destino personal, radica justamente, en una razón que niega en todo momento la inmortalidad individual, y más aún nos lleva y conduce a la nada, donde la conciencia antes de ser no fue, así del mismo modo después de dejar la vida no será.

Y todavía se empeña por medio de la razón, la verdad objetiva en no creer en la vida eterna y disuelve de manera racional el alma, el espíritu y el cuerpo, racionalismo harto punzante del pensamiento acerca del destino del hombre que existe realmente, así lo esclarece en del sentimiento trágico de la vida: «El racionalismo, y por éste entiendo la doctrina que no se atiene sino a la razón, a la verdad objetiva, es forzosamente materialista. Es menester ponerlo todo en claro, y la verdad es que eso que llamamos materialismo no quiere decir para nosotros otra cosa que la doctrina que niega la inmortalidad del alma individual, la persistencia de la conciencia personal después de la muerte» (2005: 207). La negación de la continuación del alma y su inmortalidad, éste materialismo es para Unamuno un ideal o más aún lo identifica con un idealismo, en el sentido de que no sabemos que sea el espíritu y menos aún que sea la materia, y responde a este materialismo que es ideal. "De hecho, y para nuestro problema □ el más vital, el único de veras vital □, lo mismo da decir que todo es materia, como que es todo idea, o todo fuerza, o lo que se

quiera.". (Unamuno, 2005: 207). Lo que hace a un hombre, el que es y no otro, son dos principios. La continuación de esta vida venidera es por medio del principio de unidad: éste consiste, primero en el espacio, merced al cuerpo, en la acción y en el propósito; y si el propósito resulta ser uno, a él se encaminan una acción unitaria. De este modo afirma que hay hombres que en su vida persiguen un solo propósito. Y el principio de continuidad en el tiempo. Por una serie continua de estados de la conciencia. Siendo la memoria la base de la personalidad individual. Así se vive en el recuerdo y por el recuerdo, siendo la vida espiritual, en el fondo, el esfuerzo del recuerdo por perseverar, por hacerse esperanza, el esfuerzo de nuestro pasado por hacerse porvenir. He aquí los dos aspectos esenciales para el anhelo de inmortalidad.

Ahora bien, en la fe se encuentra el consuelo ante este destino que la razón lleva, arrastra inevitablemente a la nada, es decir, a la absoluta inconciencia. Justamente siendo el destino, la nulificación de la conciencia, de cada una de las conciencias, es a lo que Unamuno se opone rotundamente y como tal se rebela, y la pugna que deposita en *Del sentimiento trágico de la vida* toda su vida es por permanecer en lucha, accionando la vida, más aún con el problema del destino y lo que ha de acontecer una vez que el cuerpo, el espíritu, la vida, es decir la conciencia se ausente. Si

bien es la razón que muestra que la conciencia se disipa, disuelve y dirige a la nada. Es justamente por esto que la fe hace del problema de la inmortalidad su seno, al llevar la vida misma como problema y pugna de la conciencia, de la existencia misma. No podemos negar la existencia del hombre, su existencia es inevitable, la imaginación de que todo lo que le rodea se desvanezca y sumirlo en la nada no es posible (aunque este riesgo aparece latente en la conciencia). De ahí el rechazo por la razón, que aparece ante él como un monismo o una especie de materialismo. En cambio acepta el dualismo, sólo esto rescata, enseña "que la conciencia humana es algo sustancialmente distinto y diferente de las demás manifestaciones fenoménicas" (Unamuno, 2005: 207). Posibilitando la inmortalidad desde la vida y la existencia.

Es preciso antes de incursionar en el problema vital, el del destino propio de cada hombre, que se diga vivo, de acuerdo con *Del sentimiento trágico de la vida en los hombres*. Es necesario subrayar que el hombre de carne y hueso: ve, oye, toca, huele, siente, piensa con todo el cuerpo, pero sobre todo y éste es el centro del sentimiento trágico: "muere", más aun, por encima del sufrimiento que pueda haber en la vida. Arrojàndose a una constante de la vitalidad por la existencia. Es decir, sin vida no se puede pensar y reflexionar acerca del problema del destino, el más trágico para el hombre.

Si bien el hombre de carne y hueso, el verdadero hombre, no el sujeto de las divagaciones más o menos científicas. Una idea, en fin. "Es decir un no hombre" (Unamuno, 2005: 97). Unamuno se refiere al hombre sustantivo, no a la idea, que no es de aquí o allí, atemporal, es decir, no es de esta época o de la otra, sin sexo, sin patria. De aquel hermano, el verdadero hermano, por padecer el mismo destino. Es el punto de partida, encarna una vida en constante pugna, incluso en el sueño se bate; ante las increpaciones de que su anhelo, el deseo de vida inmortal, sea un sueño necesario, responde en *del sentimiento trágico de la vida en los hombres y en los pueblos*, ante esta necesidad del anhelo: "lo necesito para vivir. Y ¿quién eres tú?" "¿me preguntas?", y con Obemann te contesto: «Para el universo, nada; para mí todo!» ¿Orgullo? ¿Querer ser inmortal? ¡Pobres hombres!" (Unamuno, 2005: 157), y así afirma el terror a dejar de existir y la necesidad del anhelo, con el poeta italiano Leopardi:

Tiembo ante la idea de tener que desgarrarme de mi carne; tiembo más aún ante la idea de tener que desgarrarme de todo lo sensible y material, de toda sustancia. Si acaso esto merece el nombre de materialismo, y si a Dios me agarró con todas mis potencias y mis sentidos todos, es para que Él me lleve en sus brazos alende la muerte, mirándome con su cielo a los ojos cuando se me vayan éstos a apagar para siempre. ¿Qué me engaño? ¡No me hablés de engaño y dejadme vivir!

Llaman también a esto orgullo: «hediondo orgullo» le llamo Leopardo, y nos preguntan que quiénes somos, viles gusanos de la tierra, para pretender la inmortalidad; ¿en gracia de qué? ¿Para qué? ¿Con qué derecho? « En gracia a qué » □ preguntáis □ , ¿y en gracia a que vivimos? ¿Para qué? ¿y para qué somos? ¿Con qué derecho? ¿y con qué derecho somos! Tan gratuito es existir como seguir existiendo siempre. [...] No reclamamos derecho ni merecimiento alguno; es solo una necesidad, lo necesito para vivir (Unamuno, 2005: 156,157).

Justamente el sentido de ser uno mismo, radica en el (todo o nada! Y lo que Miguel de Unamuno exalta, es el deseo de ser todo, por ende anhela el ser. Confía en el Humanismo del hombre, no en el de las cosas del hombre, así el humanismo consiste en que el anhelo es del hombre, desea, quiere, y siente. Resiste a creer que el hombre, por medio de la ciencia, acepte a la nada y al desvanecimiento de éste ante su creación, la cultura. Pregunta si el hombre una vez cansado de crear tanto, no tiene finalidad, el para qué, de tanto esfuerzo, al convertirse en banal, al rendir al hombre ante su creación y si ello significa el sacrificio de los hijos y a su vez estos por los de ellos, y así hasta el infinito. Haya en este proceso un esfuerzo vano, sin sentido de finalidad y más aún de quien pueda disfrutarlo.

Ante esta nulificación, rendición y falta de finalidad; hace del sentimiento trágico de

la vida en los hombres la base tanto de la concepción unitaria y total de la vida y del universo, el engendramiento de una actitud íntima y una acción. Incluso la filosofía más o menos elaborada, es decir, la comprensión o incompreensión de tal concepción, la fuente. Partiendo hacia el deseo, el anhelo y por ello mismo la conciencia. El riesgo raya en la razón escéptica, investigativa: preguntando, inquiriendo, por qué el deseo de vida inmortal, frente a esta razón inquisitiva. El hombre concreto Miguel de Unamuno, reitera que la razón, pregunta por la razón misma, trastoca el absurdo del problema del destino y si acepta propuestas aún a su consideración más absurdas, porque se opone a tal anhelo. Saliendo de este arrostramiento, de hacerle frente a la esfinge, que lo pretende devorar, con esto, si preguntamos por el por qué es con miras al para qué, es con miras a la finalidad. De ésta manera la disolución, el anonadamiento de la razón, da cabida al reconocimiento de que el hombre difiere de ella, no le satisface esa solución y se rebela contra ella, incluso como la razón deja al hombre en un estado de soledad, la razones que ofrece para la vida no son las que él quiere, y en definitiva apela que: las razones sólo son eso y que ha venido a vivir, no a teorizar ni a comprender el universo.

Él siente con el cuerpo, con todo el pensamiento, pues con todo el cuerpo filosofa si desdeñar ningún aspecto, incluso acepta la convivencia con el

destino trágico. Se conduce con golpes de hombre, utilizando todo el cuerpo, no es un golpe de boxeador experto, que ha aprendido a ahorrar sus fuerzas, así emplea cada músculo, fuerza y toda la vitalidad del cuerpo. Este humanismo que necesita para vivir el problema vital, aun cuando no llegue a creer en él. "Esa sed de vida eterna apáganla muchos, los sencillos sobre todo, en la fuente de la fe religiosa; pero no a todos es dado beber de ella." (Unamuno, 2005: 170). Y no porque se niegue, sino porque sus intentos le rehúsan a llegar a tal saciedad. Así considera digno a quien intenta creer aun sin llegar a lograrlo y desprecia al de la razón que niega de una manera rotunda y total y más aún, según Miguel de Unamuno, se empeñan y les molesta que otros quieran creer.

El humanismo hace del problema la entraña central de la vida y la existencia. No duda de la necesidad del anhelo, de su necesidad para desarrollar la vida. La integración de la razón, su colaboración mutua, al ayudarse para formular pensamientos en el lenguaje, y reflexionar desde la existencia sobre el destino trágico.

Hemos recalcado la hermandad espiritual de Unamuno con Kierkegaard, entiéndase esto como la afirmación del yo por parte del hombre concreto, el hombre sustantivo: que existe realmente, de manera independiente e individual. Al afirmar un hombre su yo, su conciencia personal, afirma al hombre concreto, al

real, el humanismo, afirmar al hombre es afirmar la conciencia. "Porque la única conciencia de que tenemos conciencia es la del hombre" (Unamuno, 2005: 111). Con esto resalta la existencia, el hombre que da conciencia de sí mismo. Así hermanos de espíritu, por la preocupación de esta vida, la angustia de la conciencia, la afirmación del yo, todo ello humano y más aún el riesgo de perderla: ese disolverse sin dejar huella alguna. La congoja recalcitrante que produce el pensamiento, de que me tengo que morir aunque no lo quiera, el enigma después de la muerte es el latir de la conciencia.

Es justo por eso que resalta tanto la conciencia personal, y el destino trágico de la vida, la angustia por la muerte, y es ésta quien permite monar vida, la búsqueda de un sentimiento de finalidad, del para qué estar en el mundo, cuando resulta a todas luces evidente la mortalidad y el acuciante destino que no da tregua ni reposo. El pensamiento de que, se tiene que morir lleva a la tremenda necesidad de dar e el problema del deseo de la inmortalidad del alma. Lo reiterativo del problema, al ser una necesidad del hombre sustantivo, lleva en el fondo a la conciencia que busca asirse a algo, es esto radica el problema.

La finalidad, el para qué, nace de la conciencia, de ella emana, nace de ella, tanto la Ciencia con una finalidad, como la Filosofía que uno haya de abrazar, tiene una finalidad extrínseca, tal es la referencia a

nuestro destino todo, a la actitud frente a la vida y el universo; la comprensión o incomprensión de tal concepción unitaria total. Y resulta de ello el problema y trágico además, éste radica en la conciliación entre necesidades intelectuales y necesidades afectivas o volitivas. Justo en esto fracasa toda Filosofía según Miguel de Unamuno, es aquí donde aparece la contradicción, el valor de la vida pasajera cuando no se cree en este anhelo de vida inmortal y eterna.

Pero de esta contradicción saca vida, al realizarla en una pugna y lucha que precisamente exalta la conciencia, es decir, la existencia. Al respecto de la contradicción de la cabeza con el corazón se expresa así: "Como que solo vivimos de contradicciones, y por ellas; como que la vida es tragedia, es perpetua lucha sin victoria ni esperanza de ella; es contradicción" (Unamuno, 2005: 111). Así de trágica se presenta la batalla por la pugna de la inmortalidad del alma, y aun en la desgracia se prefiere vivir con ésta a la no existencia, y como no si la vida se bate, esfuerzo, sufre y ama la vida. Así el hombre más desgraciado, el verdadero hermano, convive con su desgracia y la prefiere por ser la vida, la conciencia y por ende la existencia que se despliega.

Parece ser que Miguel de Unamuno reconoce y resalta las inconsistencias del problema de la conciencia personal. Pero avante y con gran ánimo se incursiona con del sentimiento trágico de la vida, advirtiendo los

posibles riesgos: de perder la conciencia y con ello el yo del hombre concreto, la necesidad de la creencia en la inmortalidad del alma, como único problema que apremia la vida del hombre de carne y hueso que sufre y más aún, muere sin quererlo. Todavía reconoce el quiebre del valor a la vida pasajera por la falta de creencia y de fe; su apresuramiento a la nulidad, la necesidad de contraponer a la razón el anhelo en la inmortalidad por la fe; defensora de la vida. Incluso la angustia, la congoja por dar en el problema de siempre y la conciliación desde la vida en la existencia.

Todo esto nos lleva a plantear, ¿qué es lo que Miguel de Unamuno ve, descubre, desvela de la existencia para apostar por medio de su acción?, sin duda alguna por el todo, por el ser, por su posesión con el hambre de inmortalidad y la sed de eternidad.

Ni eso es orgullo, sino terror a la nada. Tendemos a serlo todo, por ver en ello el único remedio para no reducirnos a nada. Queremos salvar nuestra memoria, siquiera nuestra memoria. ¿Cuánto durará? A lo sumo, lo que dure el linaje humano. ¿Y si salváramos nuestra memoria en Dios? Todo esto que confieso son, bien lo sé, miserias; pero del fondo de estas miserias surge vida nueva, y sólo apurando las heces del dolor espiritual puede llegarse a gustar la miel del poso de la copa de la vida. La congoja nos lleva al consuelo (Unamuno, 2005: 170).

La genialidad, la riqueza que

**VECTOR POLÍTICO-PRO N° 1-2 2018**  
**PROBLEMAS COMPLEJOS DE LA POLÍTICA CONTEMPORÁNEA**

---

deja Miguel de Unamuno en el ensayo, novela, poesía y literatura, nos lleva a examinar esa riqueza que se exalta en sus creaciones que toman como modelos a hombres concretos. Así lo asevera coloca de pie en sus creaciones a hombres de carne y hueso. Hombres cautos y silenciosos como un Don Sandalio jugador de ajedrez, que no aprécia en nada la intromisión de otro hombre en su partida por derrotar al rey, en darle jaque, incluso raya en la irritación hacia ellos con su presencia, el juego absorbe todo de él, tanto es así que no se sabe nada de él sólo ese gusto por la partida de ajedrez. Sin identidad, las preguntas y las inquietudes hacia el otro no le apremian en nada. Hombre falto de interioridad y guardián del silencio, Trastoca el absurdo y en él se sume. De un Emeterio tan cauto de las responsabilidades que no se atreve a casar e incluso huye de esta vida, pero tras tomar esta acción de huida loca, es alcanzado por las flechas de Rosita. Y muy en el fondo no comprende y se cuestiona el por qué no se casó, llega a vagabundear fuera de sí, pensando en Rosita y reconoce en la hija de ésta, la imagen que ha abandonado para reconciliarse nuevamente. Al fin la vida le lleva a picar con Rosita, la que en su mocedad insinuaba su atención. Y su vida ya transcurrida le sujeta a ella. Incapaz de actuar y parece que lo hacen por él, la pobreza raya en la falta de determinación para arrojarle a vivir, y como resultado

la comicidad de una vida que no se compromete ni consigo misma. Y encuentra esa vida que no deja ni olvida nada.

Más aún con los personajes que siguen se exalta la riqueza, la franqueza y la búsqueda, y la vida que no encuentra ese anhelo de continuar la vida. La certeza se ausenta y queda la ruptura, disyuntiva de la existencia, la tragedia del destino tan ansiado. Un Augusto que al recibir desprecio, y rechazo de su amor, al cual no le valen ni los mimos, ni el dinero, y menos aún su deseo de amar. Que parece se deja matar en cada resolución y acción, en la persecución banal de quien no lo ama y más aún no lo quiere. Se arroja a la persecución sin advertir que la vida le va en ello. Al no ser amado, burlado y despreciado se acerca a la tragedia del destino humano. Aquí ocurre un encuentro entre lo real y lo ideal. Entre Augusto y su creador Miguel de Unamuno, la torpeza de reconocer que la existencia se pierde y de ahí la necesidad de entregarse a la vida sin tapujos y sin penas hacia ella. De éste encuentro sale la condena de la creación (Augusto), hacia Miguel de Unamuno que le confiesa, se sincera y le advierte que ya no sabe qué hacer con él, que su vida terminará una vez que llegue a su casa. Ante la incertidumbre de la creación y su negativa a abandonar la vida opta por seguir viviendo aun sin el amor de quien ama. Y su rabia lapidaria por perder la vida, por no comprender aún, que las ideas carecen de existencia y

adquieren la inmortalidad, por eso justamente. Se convierte en sentencia hacia el hombre concreto y en sospecha de que acaso el que va a morir sea el creador, Miguel de Unamuno y que su creador va a perecer por otro creador (Dios) cuando éste se despierte y su existencia acaso no será más que un guiño en el universo. Una vez que surge el encuentro el enfrentamiento, queda la sentencia lapidaria y dolorosa para el hombre real. Y se muere, pero una vez que reconoce ser una ilusión y que su existencia no está sujeta a la mortalidad se reconcilia con su creador Miguel de Unamuno, justo en el sueño y ahora se despide cordialmente, ya sin recelo ni resentimiento.

Este contraste ilusión o ficción con la realidad son las dos caras de la misma moneda de la vida, incluso del sentimiento trágico de la vida, tanto que la ficción y la realidad se armonizan como la tensión de las cuerdas en una guitarra. Aun con ello queda el gusto, el deleite, el esfuerzo que deposita el hombre en esta vida que no vuelve y en la que cada momento se siente y vive consciente de la búsqueda de la felicidad: "hombres de carne y hueso, hombres que nacen, sufren y, aunque no quieran morir, mueren; hombres que son fines en sí mismos, no sólo medios; que han de ser los que son y no otros: hombres, en fin, que buscan eso que llamamos la felicidad." (Unamuno, 2005: 115).

Y si vamos un poco más en estos personajes que sufren, el desgarré, el abrazo íntimo entre la

razón y la fe, nos encontramos a un San Manuel bueno, mártir. Este desgarré se hace y arroja luz en las siguientes líneas:

Ese pensamiento de que me tengo que morir y el enigma de lo que habrá después, es el latir mismo de mi conciencia. Contemplando el sereno campo verde o contemplando unos ojos claros, a que se asome un alma hermana de la mía, se me hincha la conciencia, siento la diástole del alma y me empapo en la vida ambiente y creo en mi porvenir; pero al punto la voz del misterio me susurra: «¡Dejaras de ser!», me roza con el ala del Ángel de la muerte, y la sístole del alma me inunda las entrañas espirituales en sangre de divinidad (Unamuno, 2005: 147).

El santo varón como lo llama, la creyente en la inmortalidad del alma, Ángela, logra ver en él la pena que lleva dentro de toda su vida y conciencia, pues en ello le va la existencia. La turbación, el horror, esa tranquilidad que presenta San Manuel bueno, la falta de fe y la imposibilidad de llegar a creer en la inmortalidad, esa necesidad vital, en la inmortalidad personal del alma. Es así como contempla el sereno campo verde, sus ojos azules y claros como el lago encuentran en Lázaro hermano en alma, de Ángela, esa duda incesante, se le hincha el alma y cree en el porvenir de sus creyentes que unen su voz de pena haciéndola una sola y buscan consuelo ante el destino y llora por la pena. Pero con lo que no cuenta y en este sentido es justamente algo inesperado, que llega sin advertir,

la voz del misterio en susurro. Como resultado se presenta el terror de dejar de ser. Esta incertidumbre mordaz del misterio sobre la conciencia, de la continuación de esta vida del hombre que es aquí y ahora, no después, ni antes.

Resultado del encuentro con la mortalidad, conocimiento que aleja de la felicidad, arrojando al hombre al estado de incertidumbre, fatal desconsuelo, desesperanza por no encontrar un estado de abandono total, y es así como el hombre tiene que vivir su existencia con la conciencia y el susurro de la nada. Disolviendo toda posibilidad de vida continua, de ésta, y la dualidad del alma, es decir, la sustancialidad diferencia de todo acontecimiento fenoménico, se quebra para dar paso al monismo de la razón; negando cualquier posibilidad de inmortalidad del alma. Así surge la pugna de Caín en Lord Byron al preguntar a Lucifer, si el conocimiento ha proporcionado la felicidad: "Caín replica: «¿Sois felices?», y entonces [...] le dice: «No, ¿lo eres tú?»" (Unamuno, 2005: 236).

Así la razón aparece como potencia desconsoladora y disolvente, mientras la creencia consuela. "creo porque es cosa me que me consuela. No, para la razón, la verdad es lo que se puede demostrar que es, que existe, consuélenos o no. Y la razón no es ciertamente una facultad consoladora" (Unamuno, 2005: 225). Y del mismo modo el riesgo de que no se nos muera el alma y el enfrentamiento con la esfinge que al no obtener

respuesta engulle a los hombres, en un espanto y un terror inesperado. Antes bien decide enfrentar el problema del destino personal. Lucha y sufre pero sobre todo muere.

Ahora bien, el problema de la perduración de la existencia en el mundo e incluso en el cosmos, nos arroja a una incesante corriente de vida. El tremendo y trágico problema de perder tanto la vida como la conciencia, implica en todo caso la pérdida del hombre concreto, sustantivo; independiente e individual, existente por tanto, así aparece, la existencia como verdad inmediata: "la verdad inmediata es que pienso, quiero y siento yo. Y yo, el yo que piensa, quiere, y siente, es inmediatamente mi cuerpo vivo con los estados de conciencia que soporta. Es mi cuerpo vivo el que piensa, quiere y siente. ¿Cómo? Como sea" (Unamuno, 2005: 212). Es justamente aquí donde se puede ver claramente la preocupación y la importancia del cuerpo vivo, y más aún de mi cuerpo y no de otro. Sólo así se puede comprender la conciencia unida y en recíproca relación con el cuerpo. Y por qué san Manuel bueno, necesita creer en Dios y en él encontrar la garantía de inmortalidad del alma, y a la fe, como la que proporciona la creencia de esa garantía, de la inmortalidad del alma, es decir, proporciona la espera de que sea así. Tenemos una vida del santo en desesperanza y pone manos a la obra, por ver y alcanzar esa vida imperecedera, desde la existencia, es decir: la

conciencia. Busca y raya en rebeldía al buscar ese algo, la tragedia radica en creer que la vida continua después de que la mortalidad se presenta en destino trágico, el sentimiento es la base de la conciencia propia.

Es justamente como vemos a un Miguel de Unamuno defensor de su ser, aquí y ahora, de la vida concreta, consciente, anhelante y agónica, en la congoja por la existencia. Nunca renuncia a su ser, propio, reconoce la gran valía de esta vida que no se repite, tanto es así, que no puede concebir otra vida sino es desde ésta, conservando siempre su personalidad, su anhelo y por supuesto su razón. Permitiendo una vida plena, sin dejar en la nada, es decir en la nulificación al hombre. Ama la vida y quiere su existencia por encima de todo. Teniendo así una vida que se escapa de la razón, y que no se reduce en lo más mínimo, por el contrario parece ser que la razón se fundamenta en del sentimiento trágico de lograr ésta vida y su continuación.

El anhelo de vida se convierte en el latir de la conciencia humana y la existencia, y la razón su corroboración al negar tal vida o su continuación. De ahí que, resulta terrible la base de la existencia, con la defensa de la vida por encima de su negación, disolución, de la razón que nulifica todo y como consuelo no suplente el papel de la fe. Pero aun y con la fe, la garantía de la creencia, resulta a todas luces inseguro: el anhelo, la seguridad de esa esperanza que se erige ante a total desesperanza en la

existencia. Así expresa el terrible basamento de la existencia y su pugna: "la inmortalidad que apetecemos es una inmortalidad fenoménica, es una continuación de ésta vida" (Unamuno, 2005: 214).

La riqueza que podemos encontrar justamente en el San Manuel bueno, preocupado en la inmortalidad del alma, el alcance roza en lo absurdo; y entiéndase por ello, el gran sordo, el silencio, lanzar la pregunta sin obtener respuesta alguna. De aquí se examinan los viajes que realiza en solitario al lago, a la serena calma del lago de Lucerna y la consideración de hombre santo que ayuda a bien morir asistido de su mano, a sus fieles que le consideran justamente por ello santo. Inquiriendo y atormentado por la vida inmortal y en el suspiro y la congoja de lograrlo, se solidariza con los hombres que buscan al igual que él, ese asidero, y su santidad radica sin lugar a dudas en mantener en la fe a quienes creen en ella, aun cuando él no pueda ni logre creer. De algún modo esa fuente se le niega, y no sacia en nada su sed en la sencillez en la fuente de la fe. En su empeño por lograr sufre y vive manteniéndose siempre. Y más aún, así vive en solidaria existencia, ayudando, pugnando por su conciencia. «¡Pobres hombres! Trágico hado, sin duda, el de tener que cimentar en la movediza y deleznable piedra del deseo de inmortalidad la afirmación de ésta; pero torpeza grande condenar el anhelo por creer probado, sin probarlo, que sea conseqüidero. ¿Qué

sueño...? Dejadme soñar; si ese sueño es mi vida, no me despertéis de él. Creo en el inmortal origen de este anhelo de inmortalidad, que es la sustancia misma de mi alma» (Unamuno, 2005: 157). Tenemos una vida que se integra en sus inconsistencias, anhelos, busca la felicidad y justamente reconoce en la vida y la existencia, es decir, la conciencia el valor de ésta, la personalidad, el yo propio, no de otro, ni de algo que lo absorba y le quite lo que es. Llega a dejar entre ver que ésta vida tiene valor y radica en el aquí y ahora, y si se llora por alcanzar el anhelo es por el consuelo que propicia, y otorga por no alcanzar el anhelo. San Manuel es quien llora, al pronunciar el credo y se defiende, calla al llegar a la resurrección de la carne y llora, calla por no poder creer. Del sentimiento trágico pugna este lloro que sirve de consuelo ante el pedante que le dice a Solón que de nada le sirve llorar ante la muerte de su hijo. La respuesta es clara: «Por eso precisamente, porque no sirve» (Unamuno, 2005: 115). La sabiduría reside en el consuelo ante la muerte inevitable.

En este sentido, el absurdo de Camus es mucho más claro y resulta incluso una rebelión necesaria para ese consuelo que aun y con todo resulta insuficiente para calmar la existencia y la rebeldía consiste en un tránsito de ese absurdo. En *El extranjero*, recluido Mersault se tranquiliza, ante el destino unamuniano de la mortalidad:

Había también dos cosas sobre las que volvía una y otra

vez: el alba y mi petición de indulto. Procuraba tranquilizarme, sin embargo, y no pensar más en ellas. Me tendía, miraba al cielo, me esforzaba por poner en él mi interés. Se iba haciendo verde, era la tarde. Hacía todavía un esfuerzo para desviar el curso de mis pensamientos. Oía mi corazón. No podía imaginar que ese sonido que me acompañaba desde hacía tanto tiempo pudiese jamás cesar (Camus, 2008: 114).

Ante la entrada a su celda del capellán y su insistente arrepentimiento, se mantiene afrontando del mismo modo:

Casi sin tener aire de dirigirse a mí, observó, que, a veces, uno se creía seguro y, en realidad, no lo estaba. Nada dije. Me miró y me preguntó: «¿Qué piensa usted?». Respondí que era posible. En cualquier caso, yo no estaba tal vez seguro de lo que me interesaba realmente, pero estaba absolutamente seguro de lo que no me interesaba. Y ciertamente es ese tema no retenía mi interés. Le expliqué que no estaba desesperado. Solamente sentía miedo; era natural. «Dios lo ayudara entonces –afirma–. Todos los que yo he conocido en su situación se han vuelto hacia Él» Reconocí que estaban en su derecho. Y que tenían tiempo además (Camus, 2008: 118).

En cuanto a la esperanza del destino unamuniano es muy claro Mersault ante el cuestionamiento del capellán: «¿No tiene, pues, ninguna esperanza y vive con el pensamiento de que va a morir

totalmente». «Sí», respondi" (Camus, 2008: 119). Justamente Camus reconoce el valor de esta vida, de ahí el rechazo de la esperanza. Al seguir el capellán preguntando, asegura que "ha sentido alguna vez el deseo de otra vida" (Camus, 2008: 121). Reconoce que es natural, pero que no tiene mayor importancia que nadar con mejor rapidez o tener la boca mejor hecha. Y la interrupción del capellán sobre cómo imagina esa vida Camus es muy claro: "¡Una vida en que pudiera acordarme de ésta" (Camus, 2008: 121). Camus no imagina algo que rompa con su existencia y este mundo.

En Miguel de Unamuno la constante es continuación de esta vida, pero resulta que las evidencias y garantías le llevan a Dios; productor y garante de la inmortalidad que apetece. A diferencia de Camus que ve en ello el completo absurdo y es necesario una transición por la rebeldía, que permita existir de manera inmediata y sin reproche alguno, donde este mundo tiene belleza y en el cual se logra ser feliz. Donde la felicidad se

cumple bajo el "sol de la mañana" (Camus, 2008: 73), en el espacio. En las Nupcias con el mundo.

Así llegamos al deseo trágico de la vida, por parte del hombre concreto, sustantivo; con existencia real y por ello con conciencia propia, pero tanto es el anhelo unamuniano que no concibe al hombre, afirmando una tranquilidad por el problema vital; el de la inmortalidad del alma, su continuación. Y es pues así como Miguel de Unamuno se ase o sujeta a la esperanza de que la conciencia no sea un relámpago entre dos eternidades:

¡Oh, quién pudiera prolongar este dulce momento y dormirse en él y en el eternizarse! ¡Ahora y aquí, a esta luz discreta y difusa, de este remanso de quietud, cuando está aplacada la tormenta del corazón y no me llegan los ecos del mundo! ¡Duerme el deseo insaciable y ni aun sueña; el hábito, el santo hábito, reina en mi eternidad; han muerto con los recuerdos los desengaños, y con la esperanza los temores! (Unamuno, 2005: 155).

#### **Bibliografía**

1. Camus, Albert, *El extranjero*. (2008). Madrid, Alianza.
2. Camus, Albert, *Nupcias en Tipasa*, en O. I. (2013). Madrid, Alianza.
3. Hesíodo, *Obras y Fragmentos*. (2006). Madrid, Gredos.
4. Unamuno, Miguel, *Del sentimiento trágico de la vida en los hombres y en los pueblos-Tratado del amor a Dios*. (2005). Madrid, Tecnos.
5. Unamuno, Miguel, *Cómo se hace una novela, Tía Tula, San Manuel bueno, mártir y Tres historias más*. (2008). México, Porrúa